

# MEMORIA DE LOS ARRAYANES

Por PETRONA DOMÍNGUEZ

*“Al Omnipotente para honrarlo, al prójimo para enseñarlo”.*

*Juan Sebastián Bach.*

Están allí; enhiesto el troneo vetado con las tonalidades de la carne humana; fijas las raíces como los pies de una humanidad doliente, atada para su desventura y mérito a la tierra, pero con los brazos abiertos en supremo ademán de infinito. Sus ramas delgadas se abrazan se tienden o retuercen, como si quisieran brindar al caminante el sentido plástico de la fraternidad, del gozo, o de la angustia por un más allá.

Aquél que tenga oídos para escuchar, escuche esa sinfonía fantástica del bosque color grana. Todo es amable y plácido: las hojas secas, los nidos tibios, la canción aromada del viento, las flores diminutas y blancas en apretados capullos de ramos nupciales.

Pero a medida que uno se interna en este pueblo milenario y enmudecido la sinfonía se agiganta; se multiplica en motivos; erece semejante al oleaje del lago y se estrella contra la mediocridad y la vanidad de lo terreno.

Nuestro yo tan pagado de sí mismo, ese yo narciso inconfundible, se siente minúsculo, deleznable, insignificante. Pasa al lado de uno de estos árboles de tallo grácil, color de tierra, de ámbar y ocre, y la altura lo subyuga y lo anonada. Mil doscientos, mil cien, novecientos años. Estremece pensar que se pueda vivir tanto.

Hay una isla en Llao Llao, junto a Puerto Pañuelo, llamada “La isla de los enamorados”. Es un íntimo refugio, donde las amancays y las mitysias entretejen sus guirnaldas amarillas y rosáceas. Muy cerca de allí, cuando la montaña y el lago ocultan esas maravillas, el *bosque de los arrayanes* entona su canción milenaria.

Es en la península de Quetrihué, una lengua de tierra fresca que acaricia el agua celeste del Nahuel Huapí. Tierra poblada de arrayanes rojos en los atardeceres luminosos. La soledad llena un mundo de rumores y música de hojas. El bosque se transfigura, se agranda, y el silencio tiene la voz suave de la belleza que dice sin hablar.

Los frágiles tallos nunca más parecidos al “junco pensante” con que Pascal comparaba al hombre, predicán su lección secular en el libro de la naturaleza.

Es un bosque singular; parece latir al unísono con el corazón del que va hollando su suelo, alfombra de humus vegetal. El hombre pisa con cierto gozo infantil hojas y raíces, troncos y musgos. De esos tallos sin savia y de las flores resacas que cayeron un día surgirá la resurrección vegetal; que siempre brotan capullos en cada primavera.

Extraño destino el de este mirto, cuyo cuerpo frío, más que el de ningún otro árbol por la absorción extraordinaria de agua, tiene la forma y el color de la llama en ansias de altura. Su vida misma es maravillosa pues con el corazón seco puede seguir viviendo precisamente por ese acopio de humedad.

A Vaslav Nijinsky "El dios de la danza" lo comparó Victoria Ocampo. En verdad, el símil está logrado en lo formal. El cuerpo bronceado del bailarín ruso que vive hoy su ensueño, sombra de locura en un apacible y eglógico paraje de Surrey, Inglaterra, bien puede compararse a los troncos cuya savia se agita en maravillosas contorsiones y danza con la vibración de la belleza en un mundo fantástico y encantado.

Ese acrobático salto que cierra "El espectro de la rosa" parece adivinarse entre el follaje pleno de misterio y ternura.

No obstante, cómo olvidar la historia de los dos enamorados viejos que tenían el alma joven: Filemón y Baucis, ejemplo de la hospitalidad generosa?

¿Quién no recuerda la leyenda trasvasada de generación en generación que inspiró con su hondo e ingenuo contenido a Van Hoeck y a Etcheverry en la pintura y al grave Gounod en la música?

El anciano Filemón y su mujer Baucis sentados una tarde a la puerta baja de su humilde cabaña vieron llegar a dos viajeros en busca de albergue. El matrimonio los acogió tiernamente, brindán-

doles las primicias de su pobreza rica: aceitunas, queso y un panal de rubia miel. Y mientras Baucis disponía la mesa, Filemón con sus miembros decrepitos tomó una bacia de haya y lavó los pies polvorientos de los desconocidos. Aquellos huéspedes resultaron ser los dioses de la mitología griega Júpiter y Mercurio. El primero les dijo a los ancianos que pidieran la gracia que más deseaban. Ambos expresaron su anhelo de no sobrevivirse el uno al otro. Y así aquella región inhóspita de la Frigia fué convertida en un inmenso lago y al final de su vida, Filemón y Baucis se transformaron en sustancia vegetal: ella un fresco tilo, él un roble recio con las ramas entrelazadas como símbolo de la perenne juventud del amor verdadero, que es amor en la medida de su donación.

¿No representa el bosque de los arrayanes, una imagen de esta leyenda?

Marcos Sastre, nuestro escritor de la Librería Argentina y del Salón Literario habla también de los arrayanes en "El Tempe Argentino" escrito hacia 1858. Describe con singular relieve la belleza del mirto: "El arrayán es aquel vegetal favorito de los antiguos, conocido con el nombre de *mirto*, tan ensalzado por los poetas de todos los siglos, dedicado entre los griegos y los romanos a la diosa de la hermosura; emblema de los triunfos de los amantes y los guerreros; aquel poético mirto con cuyas flexibles ramas se hacían coronas, para honrar a los héroes y a los magistrados, y que los he-

breos, en la fiesta de los Tabernáculos, llevaban en la mano junto con la palma y el olivo”.

Un bosque de arrayanes hay en la Argentina. Es un bosque único parecido a todos los bosques y distinto de ellos. En medio se alza una cabaña construída con troncos que irrumpe en la espesura cual si fuera la casa acogedora de un genio tutelar, el de los cuen-

tos infantiles a quien nadie ha encontrado todavía. En verdad, nada le falta, ni siquiera el guardabosque celoso y feliz con la custodia de ese paraíso terrenal, racimo de árboles llameantes, nunca más hermosos que cuando las aguas azules del Nahuel Huapí besan sus pies inmóviles, como tributo sumiso de la creación a la Belleza increada.

*Petrona Domínguez.*

